

que pasó ante sus ojos curiosos y atentos. Aunque su libro es objetivo, no es posible despojarlo de un fuerte acento personal. Las observaciones no son frías ni indiferentes; antes de ser fijadas en las páginas, han sufrido la refracción del cristal que lleva en sus ojos un joven de la «izquierda» lleno de legítimos y nuevos ideales.

J. M.

*La asamblea de la bohardilla*, por ALBERTO GERCHUNOFF.

Don Alberto Gerchunoff acaba de emparentar con la estirpe de Luciano por su libro *La asamblea de la bohardilla*, en que ha reunido nuevos diálogos de los muertos. En el diálogo proemial, tres escritores desaparecidos conversan entre sí, vueltos sombras, en la biblioteca de Gerchunoff, y su conversación nos instruye de que, en las páginas que subsiguen, éste ha evocado a los personajes que aquéllos han creado, cuando no a sus propias personas; en los once diálogos restantes, salvo en aquel en que Gerchunoff recibe una visita del soldado desconocido francés, esos personajes, cuando no esas personas, conversan con su evocador. Los personajes evocados son M. Jourdain, Mefistófeles, Néstor, la serpiente del Génesis, Jesús, Shylock y la montaña horaciana, paridora del ratón, y las personas evocadas, Carlos Marx, Kempis y Brillat-Savarin.

Esos entes que fueron en la imaginación o en la vida ¿cómo son en las páginas de Gerchunoff? ¿Conservan su psicología? ¿No la conservan?

M. Jourdain es argentino y hombre de negocios. Denuncia las exageraciones de Molière y lo acusa de ellas. Demuestra que su antiguo esfuerzo por ser persona distinguida emanaba de un noble afán de mejoramiento y no de una pretensión extravagante. «¿Para qué me servían — dice — mi dinero, mis propiedades, mi espesa renta... si continuaba redacido a vegetar obscuramente, sin experimentar los halagos de la esperanza variable y sin gozar del trato de las personas ingeniosas? Me persuadí de que el dinero nada valía, si no proporcionaba los finos placeres de la distinción y la voluptuosidad de las aventuras agradables.» Y, lejos de avergonzarse de su humilde origen, lo convierte, mediante una transmutación de valores que el cambio de las edades explica y acarrea, en motivo de justo orgullo. Pronuncia gustoso el panegírico del advenedizo. «Ha transcurrido el tiempo. Hoy sólo se ríen de los advenedizos los malos ciudadanos... Todos somos advenedizos en un país hermosamente advenedizo en la historia... El europeo envidia a los que constituimos aquí una sociedad de advenedizos... El país se yergue por ministerio del dinero, el fecondo y elástico dinero que hemos amontonado con ingenio pertinaz, con la

deliberada renuncia a las ventajas menores de la distinción. Somos los factores de la historia. »

Mefistófeles ha dejado de ser, como en Goethe, el diablo que aprovecha un momento psicológico de Fausto para tentarlo y perderlo, y es ahora el diablo que en todos los momentos ofrece a todos los hombres estas dos cosas que indagan sin descanso: el placer, que es su continua finalidad, y el oro, que es su medio insustituible. Y les ofrece ambas cosas, lo que no es caro, al precio del Paraíso, esa « región habitada por seres monótonos, que se satisfacen con la contemplación de paisajes a la acuarela, y donde los ángeles tañen, en cítaras sin eco, músicas destinadas a loar la grandeza imperturbable de Dios ».

Néstor, el anciano de las palabras melifluas, renueva su proverbial dulzura, pero no para añadir una arenga más a sus hábiles arengas, hechas de sabrosas razones, sino, esta vez, para comentar la fatal belleza de Helena y el imperecedero encanto de la mujer.

Carlos Marx sostiene que « no es razonable... someter la vida de la sociedad a causas inmutables »; que « la humanidad se rige, en lo elemental de su evolución, por causas materiales », por una ley económica que es predominante sin ser única; que « las nociones intelectuales que nos formamos nos dominan por encima de las nociones de nuestra utilidad material »; que el suceso fortuito, el acontecimiento aislado, el hecho individual, es, dentro de la realidad histórica, posible, aunque no regular; y sostiene todo ello con un acento de comprensión flexuosa y de frecuentada belleza.

Kempis reamuda él mismo la vieja controversia entre los que atribuyen *La Imitación de Jesucristo* a Gerson y los que a él la atribuyen, y, en una animada y erudita recordación de la Edad Media, se dice mero copista del gran libro y adjudica su paternidad al canciller de la Universidad de París.

La serpiente del Génesis no es el vulgar instrumento del Demonio. Es el Espíritu; es « la fuerza escondida que corrige las equivocaciones de esa otra fuerza, tonante y relampagueante, que en una apoteosis de rayos y en un tumulto de truenos forjó el principio de la Creación... Saqué — dice — a la Pareja de la obscuridad eterna. Si no lo hubiera hecho, aún continuaríais inmortales y torpes, poblando el huerto de Dios; estaríais bostezando bajo las bóvedas floridas de la arboleda, para formar en la obediencia muda el himno viviente del Hacedor. ¿De qué le serviría al hombre esa placidez de siesta perpetua y esa inmovilidad de animal pesado, atento a la voz de Jehová?... He aquí el servicio que me debe el hombre. Lo redimi de la felicidad taciturna, sin ayer y sin mañana, en que vegeta la planta y deglute el cerdo. Cavé su memoria, desencajé sus ojos infantiles... Le puse sobre el torcido camino del dolor, para

llevarlo a la libertad jocunda de su instinto y a la concepción de las normas sagradas de la belleza... El hombre, Adán, de la familia de Elohim, desafió la muerte. No muere porque no cesa, porque se sucede en la memoria, en el Espíritu, en el Libro, que es la inmortalidad de la palabra, el arca que encierra la inextinguible ramazón del Arbol del Bien y del Mal ».

Jesús, encontrado por Gerchunoff en un café de la calle Corrientes, le habla de su dolor de incomprendido, de la inutilidad de su sacrificio, de la ceguera de los hombres, y, viendo a los hebreos que van llenando el café, termina diciéndole: «Gusto venir a este sitio. Les he perdonado, porque no sabían lo que hacían conmigo. ¿Acaso fueron los únicos que me crucificaron? Me consideraron el signo de su desgracia. Yo les amo porque sufren, porque en mi nombre se les humilla. Me niegan, pero ellos, por lo menos, me comprenden, puesto que todavía me esperan. »

Shylock explica la verdadera intención, menos sombría de lo que generalmente se cree, del retrato shakespeariano, los orígenes históricos de su profesión de prestamista y la misión grandiosa y epopéyica desempeñada en la historia por esa su profesión.

Brillat-Savarin diserta sobre la medida en que los placeres de la mesa embellecen la existencia y en que el adelanto gastronómico de un país se vincula al grado de civilización por él alcanzado.

El soldado desconocido francés expone a Gerchunoff sus anhelos de una humanidad mejor que la presente.

En fin, la montaña horaciana, paridora del ridículo ratón, protesta contra el poeta latino, que circunscribe su tarea al más mísero de sus engendros, y contra cuantos repiten el hexámetro del *Ars poetica*.

Los entes recreados por Gerchunoff se han refractado, por lo visto, al través de un alma bondadosa y han, por ello, ganado en humanidad. M. Jourdain no es un aspirante risible, sino un hombre de empresa recio y respetable; Mefistófeles es el amigo del género humano; Néstor no habla tan sólo de cosas de la guerra, sino también del eterno femenino; Carlos Marx no tiene una visión rígida y árida de las cosas, y traza, en la historia, un ancho margen para que lo ocupe el albedrío del individuo; Kempis saborea, claro está, la sublimidad del libro de que es copista, pero, a través de la forma como desentraña su ascética sabiduría, rechaza lo que en él hay de monstruosa renuncia a la vida terrenal; la serpiente del Génesis es acreedora a la gratitud de nuestra especie; Jesús, en el ápice de su misericordia, ve en sus antiguos hermanos a los modernos oprimidos y expresa su amor por ellos; Shylock no aborrece sino a los que lo manchan; Brillat-Savarin es, además del gastrónomo por excel-

cia, el francés culto y hospitalario que se interesa por lo profundo de los pueblos y por su latente porvenir; el soldado desconocido francés es un modesto ciudadano en quien palpita la inquietud de los desheredados todos del mundo; la montaña horaciana tiene méritos que el poema didáctico no menciona.

Pero el libro de Gerchunoff no está en la bondad de sus personajes, ni está siquiera en el triunfante rasgo de audacia con que su autor ha rehecho tipos que ya estaban incorporados con caracteres inconfundibles a nuestra concepción de los hombres y de los volúmenes pretéritos.

¿Qué es lo que hace que este libro nos produzca el sobrecojimiento de lo ultrapasado y nos corrobore con la certidumbre de su inmortalidad?

Podréis señalar en él, si sois de los que se esmeran en encontrar analogías, de los que adolecen de ojos para lo genérico y carecen de ellos para lo específico, el influjo de la Biblia, la reminiscencia de Anatole France, la huella de Enrique Heine. Sin embargo, reconoceréis que de la fusión de esos elementos no surge el conglomerado cuya síntesis procuráis. Y lo que ocurre está a la vista. Lo que ocurre es que este libro tiene, como todo libro, antecedentes literarios, y que, como pocos libros, acusa, al mismo tiempo, una personalidad inconfundible.

La personalidad de Gerchunoff, ya anterior a este libro en el panorama de sus obras, lo tipifica, como se sabe, a tal punto, que el público del país reconoce cómodamente por suyos los sueltos que sin firma (¿a qué la redundancia?) inserta en las columnas de *La Nación*. Estamos seguros — dicho sea de paso — de que esos sueltos serán acopiados algún día por una mano justiciera, y de que entonces asombrará la genial espontaneidad de este escritor, que le permite improvisar sin fatiga trozos perfectos. Esa personalidad de Gerchunoff ¿en qué consiste? Gerchunoff posee — digámoslo de una vez — el extraño don del estilo. Pero el estilo de Gerchunoff, a su vez, ¿en qué consiste? Por desgracia, describirlo o definirlo es descomponerlo. No cabe expresar, conforme Bergson lo ha demostrado, lo particular de una persona en lo general del lenguaje. El estilo de Gerchunoff no radica solamente en esa rítmica musicalidad de su frase, musicalidad que es exigencia del castellano y que tan difícilmente puede cumplirse sin resbalar por la pendiente de la oratoria. Tampoco radica solamente, aunque sí de modo más intrínseco, en el uso que hace Gerchunoff del adjetivo, del epíteto nuevo y perspicaz que planta sin más allá los objetos singulares y que es virtud inherente al escritor de raza. Radica en el conjunto; en la poesía de esa prosa que discurre en finos meandros por una pradera inolvidable; en la emoción perenne que tiñe cada línea, desde la primera hasta la última; en la sobriedad y en la nobleza de su inspiración. Para colmo, Gerchunoff ha

sabido revestir en su libro reciente, con esa prosa musical y rica, severa y voluptuosa, las preocupaciones que agitan a nuestro tiempo y que hacen de él una época atormentada, multiforme y ardua. De ahí que este libro, macerado en las eternas disciplinas del arte de escribir, sea, a la vez, un libro contemporáneo (contemporáneo no sólo por la fecha). En resumen, este libro ostenta todos los caracteres formales en que se anticipa, como un perfume, la gloria, y todas las inquietudes en que se adelanta hacia lo futuro, como una prosa, la fisonomía de nuestro siglo.

Aunque Gerschunoff alcanza recién ahora la madurez vastamente promisoriosa de los artistas señalados, este libro suyo de nuestro comentario justificaria, según creemos, el que se echase ya una ojeada retrospectiva sobre su labor de artesano de lo impalpable. ¡Cuán confortante y llena de enseñanzas sería tal ojeada! Nosotros nos limitaremos a esbozarla.

En *Los gauchos judíos*, Gerschunoff pintó con rasgos que interesarán al esteta y al historiador de nuestra cultura la odisea de aquellos hebreos que vinieron, a fines de la pasada centuria, como colonos al litoral argentino, y que comenzaron a mezclar su espíritu a los demás espíritus que se agitan en el misterioso crisol de la República. En *El nuevo régimen*, zahirió en páginas indelebles y en nombre de lo inmortal de los pueblos y de nuestro pueblo a Hipólito Irigoyen; y si ese libro lleno de pasión santa nos demuestra que Gerschunoff no supo, acaso, apreciar al gran caudillo en lo que significa como soberbio guaiador de multitudes, también nos demuestra, en cambio, hasta dónde supo — él, uno de aquellos inmigrados — compenetrarse con la patria y arrebatarle con su fervor. En *La jofaina maravillosa*, glosó el libro máximo de nuestra lengua, ensanchando, así, su perspectiva de judío argentinista hasta dotarla de una visión hispánica y continental. Y ahora, en *La asamblea de la bohordilla*, se ha dejado penetrar íntegramente por un ideal humanitario, lo cual no es otra cosa que el retorno de su alma al clásico universalismo de su raza. La obra de Gerschunoff describe, pues, así mirada, un círculo perfecto, realizado con dolor, con amor y con belleza. ¿Puede darse espectáculo más ejemplar?

Carlos M. Grünberg.

*Tierra adentro*, por VICTORIA GUDOVSKY.

Bajo este título, suavemente creador, reúne la autora una serie de cuentos de maravillosa vida.

Dentro del escenario provinciano, cambiante y siempre uno, los personajes se perfilan y adquieren inesperado relieve. Sus palabras nos revelan el fondo de